

Innovación Belbel

XAVIER BRU DE SALA

No es mal negocio poner la tradición teatral en manos de nuestros mejores autores y creativos con el encargo de ser irrespetuosos

No creo haberle entendido mal. Sergi Belbel, nuevo director del TNC, lanza a su entorno de autores y creativos teatrales el reto de bucear en nuestra dramaturgia pretérita –lo de clásica es un eufemismo– hasta dar con textos que sirvan de punto de partida, iba a decir excusa, para su propia creación. Es una fórmula de compromiso que el libretista y coautor de la dramaturgia del 'Mar i Cel' de Dagoll Dagom no sabría cómo desautorizar. Claro que Guimerà posee dos virtudes sobre el resto de sus colegas del teatro catalán: fuerza verbal, si bien en un catalán bastante más vacilante que el de Verdguer, Ruyra o Costa i Llovera; y ante todo, la virtud que le internacionalizó en su época y la valió ser escogido para el Nobel de literatura (lo que desbarató la diplomacia española, cuando ya lo tenía), eso es su enorme talento como argumentista. Ya sabéis los que seguís el 'Cultura/s' hasta qué punto estoy contra del argumento, si no es en tanto que hilvanador de situaciones y frases, que son lo verdaderamente relevante en ficción. Con independencia de mis ideas estéticas, Guimerà es un enorme argumentista, y eso, en el mercado y en la percepción del público es tan raro y apreciado como las pepitas de oro entre los filtradores del río.

Bueno, el caso es que no todos son Guimerà, que de Guimerà solo hay uno, por lo que para el resto vale la misma idea: a menor riqueza argumental y lingüística, más posibilidades para dar rienda suelta al talento y la creatividad de quienes encuentren textos para manipular. Por ejemplo, Ignasi Iglésias es una especie de desafortunado verbal a partir de quien se puede, tomándolo como punto de partida, sacar tanto provecho como el que sacó –la referencia no es casual, Àlex Rigola del brechtiano Santa Joana dels Escorxadors– solo que con una invención todavía mayor por parte de quien proponga nuevas dramaturgias. Otrosí, que se despanzurre el teatro de Carles Soldevila o el de Joan Oliver, como quien revienta un cojín de guata,

me trae sin cuidado. Los aplausos o su ausencia dependerán del resultado, del talento de quien firme la propuesta, no del talento del hermano mediocre y gallináceo del gran historiador. O sea, que el juego de enfrentarse con el 'picamatalassos' en una mano, detrás de las tripas, y una 'agulla saquera' en la otra, frente al glóbulo ocular de la obra, suponiendo que lo posea, es un ejercicio nada simple, del que saldrá, como bien sabe Belbel, un jugo deleznable en la mayoría de ocasiones pero algo curioso y digno de verse en unas pocas. Cuando la tradición es mala y no puede evitarse la cohabitación, es mejor enfrentarse a ella que intentar la inútil y servil labor de desempolvarla como un criado con chaleco de rayas. ¡Duro con ellos, muchachos!

Pero atención. ¡Mucho cuidado con lo poco que no es mediocre! Todo juego tiene un límite, al llegar al cual debe cederse el espacio al máximo respeto, a la solemnidad, por poco que me apuréis añadiré 'a lo sagrado en términos estéticos'. Aquí sí que no 'val a badar', podría decirlo por Brossa, pero como Brossa no pelagra –tal vez no le ha llegado el momento– lo digo ante todo por el mismísimo Espriu. Que Espriu no fuera precisamente un argumentista confiera a su obra un valor extraordinario, pues está levantada con los únicos ingredientes de la situación y las palabras (los que en el fondo valen, ya sabéis). Hay cosas que –ni más ni menos que como el nombre de Dios– no deberían tomarse en vano, so pena de caer en el anatema de los que, y no somos pocos ni nos andamos con chiquitas, veneramos a Espriu como a nuestro mejor maestro. Sin duda lo fue, así que mucho cuidadito con manipularlo, con servirse de él en vez de servirle, porque a quien se atreva, más le hubiera valido aplicarse el evangélico pasaje de la piedra al cuello.

Buen camino, o por lo menos muy interesante, el que propone Belbel, pero con la limitación de no entrar a saco o destrozar ni uno solo de los grandes textos de nuestra literatura

'La sega' (1881), de Joaquim Vayreda



Novela Una apuesta contundente y diferenciada de las novedades al uso: una narración histórica sobre la Catalunya católica del convulso siglo XIX

Campanas de Dios y de guerra

Miquel M. Gibert
La victòria de la creu

Finalista Premio Sant Jordi 2005

PROA
464 PÁGINAS
22 EUROS

JORDI GALVES

Uno de nuestros grandes escritores olvidados, el catalán de Francia Carles Bosch de la Trinxeria (1831-1897) se propuso escribir sus novelas siguiendo la estela de Honoré de Balzac a pesar de lo que él entiende como "falta de poesía", en completa sintonía con los autores realistas que seguían al maestro francés como Dumas hijo o Georges Sand y en contundente oposición con los experimentadores literarios *engagés*, con el naturalismo rompedor. Proyectaba escribir novelas fieles y atentas a la realidad, las que hoy solemos denominar como costumbristas –ese modelo tan noble y que tanta proliferación ha tenido en Catalunya hasta hoy, con Empar Moliner y Toni Sala– y que él justificaba así: "un quadro rublert de veritat, de poesia i de vida on se manifesten los caràcters i passions dels personatges que l'animen, personatges d'avui dia; perquè si reculem anys enrere, fins al segle pasat, ja no representarà igual interès". En esta misma encrucijada estética, trasladada a nuestros días, y con semejante ambición literaria tan poderosa como llena de peligros se sitúa *La victòria de la creu* de Miquel M. Gibert (1956), una de las mejores novelas de estos últimos años, un auténtico acontecimiento literario por lo que supone de osadía literaria y gusto por la diferencia y la creatividad. Frente a la enloquecida competición por ofrecer al público novelas cada vez más parecidas entre ellas, más políticamente correctas, más 'modernas' –y que en realidad no lo son, sólo son la moda de hoy, epocales– o más desvergonzadamente sensibleras y elementales, he aquí una apuesta contundente y diferenciada de todas las demás. Una novela histórica sobre la Catalunya católica y del *ancien régime* del convulso siglo XIX, el del mundo rural de la reacción del que procedía, entre otros, el poeta Verdguer, el de la fascinante épica de las guerras carlistas, el de esos otros derrotados de la historia que no sólo pervive en las hermosas novelas decimonónicas de Bosch y de Marià Vayreda sino también

en libros tan importantes como la historia de la familia de Martí de Riquer *Quinze generacions d'una família catalana* (1979) y en algunas recientes novedades como *L'hivern del Tigre* (2004), de Andreu Carranza, dedicada a la fascinante aventura del general Ramon Cabrera, el Tigre del Maestrazgo.

Jugando con destreza con una ingente información documental sobre la época pero también con el recurso al anacronismo premeditado y a la impropiedad traviesa, Gibert dibuja una poderosa narración de más de 450 páginas, precisamente al modo de las grandes, oceánicas novelas europeas del siglo XIX con las que no pudimos contar en catalán como

Gibert se revela como un autor importante con una obra que es todo menos marketing e improvisación

los franceses, rusos y castellanos. Conocido hasta hoy sólo como profesor de literatura y como discretísimo autor de media docena de buenas obras de teatro que sólo habían cosechado un *succès d'estime*, Gibert se revela como un autor importante al ofrecernos una obra que es todo menos improvisación y marketing, elaborada tras casi 20 años de duro trabajo, escrita en un catalán soberbio, prolijo, que gusta del tiempo detenido y del detalle sabroso –ésta es una de las cualidades más indiscutibles de la novela, su gran riqueza, habilidad, propiedad del idioma– que da cuenta de un pasado y de unos valores que son, como mínimo, representativos de la mitad de nuestro país. Es la Catalunya eterna y campesina, rancia y atroz. La de las boinas rojas y guerreras azules, el incienso y las capas pluviales, las custodias y el mármol purísimo de las iglesias. La de las revelaciones místicas, la de la fe sostenida frente a la carcoma de la duda, la que sigue viva y continuará porque confía infinitamente en la providencia. |



Sergi Belbel, fotografiado el pasado mes de marzo

TONI ALBIR / EFE